

biblioteca Imperial, para poder estudiar tan notable acontecimiento. Pero como esto era contrario al reglamento de la Biblioteca, no admitiéndose á los alumnos de escuelas secundarias, fué necesario que nuestro bueno Herz Becker consiguiera vencer la dificultad, para que yo pudiera, al fin, entrar en el santuario, y tomar asiento, ante una de las pequeñas mesitas destinadas al público, en una de las butacas de terciopelo rojo que entonces formaban parte del mobiliario del salón de lectura.

Gracias á varios libros de texto de allí y algunos de nuestra propia Biblioteca, pronto dí con lo que buscaba. A pesar de no saber latín, descubrí, sin embargo, un rico manantial de trabajos originales en el teutón y el francés antiguos, encontrando un inmenso placer estético en la belleza de estructura y expresión del francés antiguo de las crónicas. Toda una nueva composición de la sociedad y todo un mundo de complicadas relaciones se abrieron ante mis ojos; y desde entonces aprendí á apreciar más altamente las fuentes originales de la Historia que las obras de generalizaciones modernizadas, en las que los prejuicios de la política moderna, y aun hasta las meras fórmulas corrientes substituyen á menudo la verdadera vida del periodo. No hay nada que dé tanto ímpetu al propio desarrollo intelectual como una investigación independiente de cualquiera clase que sea, y estos estudios míos me fueron más tarde de mucha utilidad.

Desgraciadamente tuve que abandonarlos cuando llegamos á la clase segunda (la penúltima). Los pajes tenían que estudiar durante los dos últimos años casi todo lo que se enseñaba en otros colegios militares en tres, y el trabajo que había que hacer para la escuela era muy extenso. Las ciencias naturales, las matemáticas y las ciencias militares habían de relegar forzosamente la Historia á un segundo término.

*
*
*

En la clase segunda empezamos á estudiar formalmente física: teníamos un excelente maestro, hombre muy inteligente y de carácter jovial, enemigo de que se aprendiera de memoria, y que consiguió el hacernos *pensar*, en vez de aprender meramente á conocer los hechos. Era un buen matemático, y nos enseñó física, tomando como base las matemáticas, explicando magistralmente al mismo tiempo las ideas fundamentales de la investigación científica y de los aparatos de física. Algunas de sus preguntas eran tan originales y tan buenas sus explicaciones, que ellas quedaron grabadas para siempre en mi memoria.

Nuestro libro de texto de física no era malo (la mayoría de los de su clase para las escuelas militares habían sido escritos por los hombres más notables de la época); pero se había quedado algo anticuado, y nuestro profesor, que le gustaba seguir su sistema particular, empezó á preparar un breve sumario de sus lecciones: una especie de *aide-mémoire*. Sin embargo, á las pocas semanas se arregló la cosa de tal modo, que ese trabajo recayó sobre mí, y nuestro maestro, procediendo como buen pedagogo, depositó en mí tal confianza, que se limitaba á leer las pruebas. Cuando llegamos á los capítulos sobre el calor, la electricidad y el magnetismo, hubo necesidad de escribirlos enteramente

de nuevo, con más amplitud, lo cual hice, preparando así, casi por completo, un libro de texto de física que se imprimió para uso de la escuela.

También en esta clase empezamos á estudiar química, y en esto tuvimos igualmente un maestro de primera; un amante apasionado de la ciencia, quien había personalmente hecho investigaciones originales de valor.

Los años 1859-61 lo fueron de renacimiento universal, de predilección por las ciencias exactas; Grave, Clausius, Joule y Seguin, mostraron que el calor y todas las fuerzas físicas no son más que diversas formas del movimiento; Helmholtz empezó por entonces sus investigaciones, que forman época respecto al sonido; Tyndall, en sus conferencias populares, hace que uno toque, si tal puede decirse, los átomos y las moléculas mismas. Gerhardt y Avogadro introdujeron la teoría de las substituciones, y Mendeléeff, Soltrar Meyer y Necolund descubrieron las leyes periódicas de los elementos; Darwin, con su *Origen de las especies*, revolucionó todas las ciencias biológicas; en tanto que Karl Voigt y Moldchott, siguiendo á Claudio Bernard, sentaron las bases de la verdadera psicología en fisiología. Era una época de renacimiento científico, y la corriente que arrastraba las inteligencias hacia las ciencias naturales era irresistible. Muchos libros excelentes se publicaron en aquella época, traducidos al ruso, y pronto comprendí que cualesquiera que fueran los estudios posteriores á que uno se dedicase, un conocimiento completo de las ciencias naturales, y el hallarse familiarizado con sus métodos, debían ser el punto de partida. Cinco ó seis de nosotros nos unimos para hacernos de cualquier clase de laboratorio. Con los aparatos elementales recomendados para los principiantes en el excelente libro de texto de Stockhardt, inauguramos nuestro laboratorio en un pequeño dormitorio de dos de nuestros compañeros, los hermanos Zasetky; su padre, un antiguo almirante retirado, se complacía en ver á sus hijos ocupados en tan útil empresa, y no se oponía á que nos reuniéramos los domingos, y durante las vacaciones, en aquella habitación, al lado mismo de su estudio. Con el referido libro por guía, hicimos sistemáticamente toda clase de experimentos; debo decir que una vez casi incendiábamos toda la casa, y que más de una envenenamos todas las habitaciones con clorina y otras drogas parecidas. Pero el viejo marino, cuando relatamos la aventura durante la comida, no se incomodó por eso y nos contó que también él, en unión de varios compañeros, por poco no quemamos una casa entretenidos en la menos provechosa ocupación de hacer un ponche; mientras que la madre, por su parte, se contentó con decir, en los momentos que la dejaba libre la tos: « Pero si para aprender tenéis necesidad de manejar esas cosas que huelen tan mal, ¡qué le hemos de hacer! »

Después de comer solía sentarse ella al piano, y hasta ya tarde pasábamos la noche cantando dúos, tercetos y coros de las óperas, ó bien tomábamos la partitura de una de ellas, ya fuera rusa ó italiana, y la dábamos un repaso desde el principio al fin, haciendo la madre y la hija de tiples, mientras que nosotros, mejor ó peor, ejecutábamos todo lo restante. Así la química y la música iban mano á mano.

* *

El estudio de la matemática superior absorbía gran parte de mi tiempo. Varios de nosotros habíamos ya decidido el no entrar en un regimiento de la guardia, en los que se empleaba todo el tiempo en ejercicios y paradas, sino ingresar, una vez promovidos á oficiales, en una de las academias militares, artillería ó ingenieros, á cuyo fin tuvimos que prepararnos en trigonometría, cálculo diferencial y el principio del cálculo integral, para lo cual teníamos repasos particulares. Al par de esto, como se nos enseñara astronomía elemental, bajo el nombre de geografía matemática, me sumergí en lecturas astronómicas, especialmente el último año de mi estancia en el colegio. La vida incesante del universo, que yo concebía como *vida* y evolución, vino á ser para mí una fuente inagotable de elevados pensamientos prácticos, y gradualmente el concepto de la unidad del hombre con la materia, tanto animada como inanimada; esto es, la poesía de la Naturaleza vino á ser la filosofía que dominó toda mi existencia.

Si los estudios de nuestro colegio se hubieran limitado á las materias referidas, no nos hubiese sobrado el tiempo, seguramente; pero, además, teníamos que aprender historia, leyes, esto es, las líneas principales del código ruso, y economía política en sus principios esenciales, incluyendo un curso de estadística comparada. También necesitábamos dominar formidables cursos de ciencia militar, tácticas, historia militar (las campañas de 1812 y 1815 en todos sus detalles), artillería y fortificación de campaña. Volviendo ahora la vista á semejante programa de estudios, creo que, aparte lo referente á la cuestión militar, que podía ventajosamente haber sido reemplazado por trabajos más completos en las ciencias exactas, la variedad de materias que se nos enseñaba, no traspasaba los límites de lo que puede aprender un joven de una capacidad corriente. Debido á un regular conocimiento de matemática elemental y física, que adquirimos en las clases inferiores, la mayoría de nosotros podía con el trabajo. En algo nos descuidábamos un poco, especialmente en lo forense, así como en historia moderna, para la cual, desgraciadamente, teníamos un maestro ya inutilizado por los años, á quien solo se conservaba en su puesto para que pudiera tener opción á todo su retiro. Hay que advertir que se nos daba cierta amplitud en la elección de los asuntos que más nos agradaban, apretándonos bien en sus exámenes; en tanto que, respecto á las otras materias, se nos trataba con benignidad. Sin embargo, la causa principal del buen éxito relativo alcanzado en la escuela, era debido á que se enseñaba del modo más concreto posible. Tan pronto como aprendíamos la geometría elemental en el papel, íbamos á aprenderla al campo con postes y la cadena del agrimensor, y más tarde con la plancheta, la brújula y demás aparatos. Después de tan concreta instrucción, la astronomía elemental no ofrecía dificultad alguna, mientras que el trabajo en sí era un manantial inagotable de entretenimiento.

El mismo sistema de enseñanza concreta se aplicaba á la fortificación. En el invierno se resolvían problemas, como, por ejemplo, el siguiente: Teniendo mil hombres y quince días á vuestra disposición,

construir la mejor fortificación posible, para proteger un puente que ha de servir á un ejército en retirada; discutiendo acaloradamente con el maestro, cada uno en defensa de su proyecto, cuando aquél se permitía criticarlo. En el verano poníamos nuestro conocimiento en práctica. A estos ejercicios campestres atribuyo la facilidad con que la mayoría de nosotros llegamos á dominar tal variedad de materias científicas á la edad de diecisiete ó dieciocho años.

* *

A pesar de todo esto teníamos bastante tiempo libre para juegos y distracciones; cuando mejor lo pasábamos, era al terminarse los exámenes, que nos dejaban tres ó cuatro semanas en completa libertad, antes de ir al campamento, ó á la vuelta de éste, en cuya época nos daban también tres semanas libres, antes de empezar el curso.

A los pocos que entonces quedaban en el colegio se les permitía, durante las vacaciones, entrar y salir á voluntad, teniendo siempre allí cama y comida. Yo trabajaba en la biblioteca ó visitaba la galería de pintura del Ermitaño, estudiando uno por uno, separadamente, los mejores cuadros de cada escuela, ó bien iba á las fábricas de naipes, algodón, hierro, loza y cristal del Estado que están abiertas al público. Otras veces nos daba por irnos á remar al Neva, pasando toda la noche en el río, y otras en el Golfo de Finlandia con los pescadores. Noches melancólicas del Norte, durante las cuales la luz de la aurora viene á mezclarse con los últimos resplandores del crepúsculo de la tarde, y es posible leer un libro al aire libre á media noche: para todo esto hallábamos tiempo de sobra.

Después de mis visitas á las fábricas, me aficioné á la grande y perfecta maquinaria. Viendo de qué modo una garra gigantesca, partiendo de una grúa, se apoderaba de una viga que flotaba en el Neva y la echaba en tierra colocándola bajo la sierra que la convertía en tablas, ó de la manera cómo una gran barra de hierro al rojo blanco es transformada en un rail, después de haber pasado entre dos cilindros, comprendí la poesía de la maquinaria. En nuestras fábricas actuales, el trabajo mecánico es la muerte para el obrero, porque éste viene á convertirse en el servidor perpetuo de una máquina determinada, y nunca puede llegar á ser nada más. Pero esto es cuestión de mala organización, y no tiene nada que ver con la máquina en sí: exceso de trabajo y eterna monotonía son igualmente perjudiciales, ya se haga el trabajo á mano, con herramientas sencillas, ó á máquina. Aparte, pues, de esto, me imagino perfectamente el placer que al hombre puede reportar la conciencia del poder de su máquina, el inteligente carácter de su trabajo, lo gracioso de sus movimientos y lo correcto de lo que hace; y creo que el odio que William Morris profesaba á las máquinas, sólo prueba que la concepción de su poder y gracia faltaba á su gran genio poético.

La música también desempeñó un papel importante en mi desenvolvimiento: de ella obtuve mayor placer y entusiasmo aún que de la poesía. En aquellos tiempos, apenas existía la ópera rusa; pero la italiana, que contaba con buen número de estrellas de primer orden, era la ins-

titución más popular de San Petersburgo. Cuando la prima donna Bosio cayó enferma, miles de personas, sobre todo de la juventud, permanecían hasta las altas horas de la noche á las puertas de su hotel, para saber cómo seguía: no era hermosa, pero tanto lo parecía cuando cantaba, que los jóvenes locamente enamorados de ella podían contarse á centenares; y cuando murió se le hizo un entierro como no se recordaba otro igual en San Petersburgo. La capital entera estaba dividida en dos campos: los admiradores de la ópera italiana, y los del gusto francés, que aun entonces empezaba á mostrar en germen la deplorable corriente offenbáquica, que, algunos años más tarde, infestó á toda Europa. Nuestra clase también se hallaba dividida por mitad en estos dos campos, perteneciendo yo al primero. A nosotros no se nos permitía ir al patio del teatro ó á las galerías delanteras, y en cuanto á los palcos, los que no estaban abonados se pedían hasta con meses de anticipación, mientras que los otros se transmitían en ciertas familias como posesión hereditaria. Los sábados conseguíamos poder ir al gallinero, y allí teníamos que estar de pie en la atmósfera de un baño turco, mientras que, para ocultar los llamativos uniformes, acostumbábamos á usar nuestros sobretodos negros, que estaban enguatados y tenían cuello de pieles, que manteníamos abotonado, á pesar del calor. Es maravilla que ninguno de nosotros cogiera una neumonía en tales condiciones, saliendo acaloradísimo, no sólo por las causas indicadas sino además por las ovaciones que solíamos hacer á nuestras constantes favoritas, permaneciendo después á la puerta del vestuario para lanzarles la última mirada y dirigirles una flor. La ópera italiana se hallaba en aquella época, por causas que no son fáciles de explicar íntimamente unida al movimiento radical, y los recitados revolucionarios de *Guillermo Tell* y *Los Puritanos*, eran siempre recibidos con aplausos atronadores y gritos, que iban derechos al corazón de Alejandro II; en tanto que, en la galería del sexto piso, en el salón de descanso y á la puerta del escenario, la mejor parte de la juventud de San Petersburgo venía á confundirse en un sentimiento común, que semejaba á un culto por tan sublime arte. Todo esto puede parecer infantil; pero lo cierto es que muchas ideas elevadas y muchas generosas aspiraciones, surgieron en nosotros al calor del entusiasmo por nuestros artistas favoritos.

VII.

Todos los veranos íbamos fuera á acampar á Peterkof, con las demás escuelas militares del distrito de San Petersburgo. En general, nuestra vida allí era muy agradable, é indudablemente muy provechosa para nuestra salud: dormíamos en espaciosas tiendas, nos bañábamos en el mar, y pasábamos una gran parte de tiempo, durante las seis semanas, en ejercicios al aire libre.

En las escuelas militares el objeto principal de la vida de campamento era evidentemente el ejercicio militar, cosa que todos detestábamos sobremanera, pero cuya monotonía se interrumpía en ocasiones, haciéndonos tomar parte en maniobras de campaña. Una noche, cuando nos íbamos á acostar, Alejandro II puso en alarma á todo el campamento, haciendo tocar llamada. A los pocos minutos todos estaban sobre las

armas; varios miles de muchachos reunidos en torno á sus banderas, mientras que los cañones de la escuela de artillería tronaban en el silencio de la noche. Todo el elemento militar de Peterkof vino á galope al campamento; pero debido á alguna mala inteligencia, el emperador permanecía á pie. Se corrieron órdenes en todas direcciones para proporcionarle un caballo, pero no se encontraba ninguno; pues no siendo buen jinete, no quería montar más caballo que los suyos. Esto le irritó en alto grado, y pronto dió rienda suelta á su cólera. « ¡Imbécil! (*durák*), ¿acaso no tengo más que un caballo? » — le oí decir á un ayudante que le había manifestado hallarse su caballo en otro campamento.

Con las negruras de la noche, el estampido del cañón y el estruendo de la caballería, nosotros los muchachos nos excitamos mucho, y cuando Alejandro ordenó una carga, nuestra columna cargó en línea recta hacia donde él estaba. Estrechamente unidos en las filas y con las bayonetas bajas, debíamos tener un aspecto imponente; y vi al emperador, que aun estaba á pie, dejar el paso franco á la columna en tres formidables saltos. Entonces comprendí lo que representa una fuerza armada que ataca en columna cerrada bajo la excitación de la música y de la marcha misma. Allí estaba ante nosotros el emperador, nuestro jefe, á quien todos venerábamos; y, sin embargo, creo que en esta masa en movimiento ningún paje ó cadete se hubiera apartado ni una línea, ó detenido, para dejarle espacio. Eramos una fuerza en marcha, mientras que el representaba un obstáculo, y la columna lo hubiera arrollado seguramente. « ¿Por qué se había de encontrar en nuestro camino? » — dijeron los pajes después. — En tales casos, los jóvenes, con un rifle en la mano, son aún mas terribles que los soldados viejos.

Al año siguiente, cuando tomamos parte en las grandes maniobras de la guarnición de San Petersburgo, vi algo de lo que, hasta cierto punto, es una acción de guerra. Durante dos días consecutivos no hicimos más que marchar arriba y abajo en un espacio como de treinta y cinco kilómetros, sin tener la menor idea de lo que ocurría á nuestro alrededor, ó por qué motivo, marchábamos. El cañón tronaba, unas veces cerca de nosotros y otras muy lejos; un vivo fuego de fusilería se oía por ciertas partes del cerro y del bosque; los ayudantes de órdenes corrían en todas direcciones, mandando unas veces avanzar y otras retroceder; y nosotros marchábamos, marchábamos y marchábamos, sin encontrar sentido á estos movimientos encontrados. Masas de caballería habían pasado por un mismo camino, dejándolo convertido en un lecho de arena movediza, y nosotros tuvimos que avanzar y retroceder varias veces por el mismo terreno, hasta que, al fin, nuestra columna se desmoralizó, pareciendo más bien una masa incoherente de peregrinos que una fuerza militar. Sólo la escolta de la bandera seguía por la carretera; los restantes caminaban lentamente á ambos lados de aquella por el bosque. Las órdenes y las súplicas de los oficiales resultaban ineficaces.

De repente se oyó á la espalda una voz que decía: « ¡El emperador viene! ¡El emperador! » Los oficiales corrieron de un lado para otro rogándonos que formáramos en filas; pero nadie les hizo caso.

Al fin llegó el emperador, y una vez más ordenó una retirada. « ¡Media vuelta á la derecha! », gritó la voz de mando. « El emperador

está detrás de nosotros; tened á bien volver », murmuraron los oficiales; pero el batallón hizo tan poco caso de la orden como de la presencia del emperador. Afortunadamente, Alejandro II no era fanático por el militarismo, y después de pronunciar algunas palabras para animarnos, prometiéndonos descansar, se fué al galope.

Entonces comprendí la importancia que tiene en las funciones de guerra el estado moral de las tropas y lo poco que se puede conseguir no empleando más que la disciplina cuando se le pide al soldado que haga más de lo natural. ¡Qué puede conseguir aquélla cuando las tropas, ya cansadas, tienen que hacer un esfuerzo supremo para llegar al campo de batalla á una hora convenida! Nada absolutamente; sólo el entusiasmo y la confianza en sí mismo puede en tales momentos conducir el soldado á realizar « lo imposible », y esto es precisamente lo que de continuo ha de hacer para asegurar el triunfo. ¡Cuántas veces traje á la memoria, más tarde en Siberia, tan provechosa lección, cuando nosotros también teníamos que llevar á cabo « lo imposible » durante nuestra expedición científica!

* * *

Sin embargo, comparativamente, no era mucho el tiempo que dedicábamos, durante nuestra estancia en el campamento, á ejercicios y maniobras militares. Una buena parte de él se empleaba en un trabajo práctico de levantar planos y hacer fortificaciones. Después de algunos ejercicios preliminares, se nos daba una brújula de reflexión y se nos decía: « Id y levantad un plano, bien sea de este lago, de esos caminos ó de aquel parque, midiendo los ángulos con aquélla y la distancia á pasos ». De mañana, tras de un almuerzo precipitado, el alumno llenaba sus espaciosos bolsillos militares con rebanadas de pan de centeno y se iba por cuatro ó cinco horas al parque, dejando kilómetros atrás, topografiando con su brújula y sus pasos los hermosos senderos sombreados por los árboles, los riachuelos y los lagos. Después se comparaba su trabajo con mapas muy correctos, dándose premios de instrumentos de óptica ó de dibujo, según la elección del interesado. Para mí, esta ocupación era una fuente inagotable de placeres. La independencia del trabajo, el aislamiento bajo esos gigantes del bosque que contaban siglos de existencia; la vida en la floresta, que podía disfrutar sin que me molestaran, unido al interés que el trabajo inspiraba, todo esto dejó profunda huella en mi espíritu, y cuando me convertí en explorador de Siberia, y muchos de mis compañeros lo fueron del Asia Central, se encontró que estos trabajos habían sido una excelente preparación.

Finalmente, en la última clase se formaban grupos de cuatro alumnos que se llevaban un día sí y otro no á algunas aldeas situadas á larga distancia del campamento, y allí tenían que medir detalladamente varias millas cuadradas, con ayuda de la tabla del agrimensor y los necesarios aparatos. Y oficiales del cuerpo venían de vez en cuando á revisar sus trabajos y hacerles indicaciones. Esta vida, entre los campesinos, en la aldea, produjo el mejor efecto en el desarrollo intelectual y moral de los alumnos.

Al mismo tiempo nos ejercitábamos en la construcción de secciones

transversales de fortificación de proporciones corrientes. Acompañados por un oficial íbamos al campo, y allí teníamos que hacer el perfil de un bastión ó de una cabeza de puente complicada, clavando listones á postes, exactamente del mismo modo que lo hacen los ingenieros de ferrocarriles al trazar la vía. Cuando llegamos á las troneras y barbetas, necesitábamos calcular mucho, á fin de obtener la inclinación de los distintos planos, después de lo cual dejó de ofrecer dificultades el conocimiento de la geometría.

Ese trabajo nos deleitaba, y una vez de vuelta en la población, al encontrar en nuestro jardín un poco de barro y greda nos pusimos á edificar una verdadera fortificación en una escala reducida, con troneras y barbetas rectas y oblicuas bien calculadas. Todo se había hecho con esmero, y lo que ahora ambicionábamos era obtener alguna madera para hacer las plataformas para los cañones, y poder colocar sobre ellas los que nos servían de modelos en la clase. Pero, ¡ay!, que nuestros pantalones tomaron un aspecto alarmante. « ¿Qué hacéis ahí? », exclamó nuestro capitán. « ¡Mirad cómo estáis! ¡Parecéis obreros! (lo que precisamente nos servía de satisfacción). ¡Qué diría el gran duque si viniera y os encontrara en semejante estado! »

« Le enseñaríamos nuestra fortificación y le pediríamos herramientas y madera para las plataformas ».

Todas las protestas fueron vanas; doce trabajadores vinieron al siguiente día á llevarse nuestra hermosa obra, como si se tratara de un montón de basura.

Menciono esto para demostrar cuánto desean los niños y los jóvenes poder poner en práctica lo que han aprendido en la escuela de un modo abstracto, y qué estúpidos son los maestros que no alcanzan á ver la ayuda tan poderosa que podrían hallar en esta dirección, contribuyendo á que sus discípulos se hicieran cargo del verdadero sentido de lo que aprenden. En nuestro colegio todo tendía á educarnos para la guerra; sin embargo, nosotros hubiéramos trabajado con igual entusiasmo en tender una línea férrea, en edificar una barraca ó en cultivar un jardín ó un campo. Pero todas estas aspiraciones de los niños y de los muchachos á un trabajo *verdadero* son pérdidas, sencillamente porque nuestra idea de la escuela es todavía la del escolasticismo y el monasterio medioevales.

VIII.

Los años 1857-61 lo fueron de prosperidad para las fuerzas intelectuales rusas; todo lo que se había murmurado al oído en los últimos diez años, con la reserva propia de las reuniones puramente de amigos, por la generación representada en la literatura rusa por Turgueneff, Tolstoi, Hérzen, Bakunin, Ogarioff, Kavilin, Dostoyusky, Grigorovich, Ostrousky y Nekrosoff, empezaba ahora á darse á conocer por la prensa. La censura era todavía muy severa; pero lo que no se podía decir abiertamente en el artículo de fondo se deslizaba en forma de novela, relatos humorísticos ó comentarios velados sobre acontecimientos de la Europa occidental, y todos leían entre líneas y se hacían cargo de lo que se trataba.

No teniendo relaciones en San Petersburgo, aparte del colegio y un reducido círculo de parientes, yo no tomé parte en el movimiento radical de aquellos años; me hallé muy alejado de él. Sin embargo, su rasgo más característico era tal vez el tener la facultad de poder penetrar en un colegio de tan « buen tono » como el nuestro, y encontrar eco en un círculo tal como el formado por mis parientes de Moscou.

En aquel tiempo acostumbraba á pasar los domingos y días festivos en casa de mi tía, de quien se ha hablado en uno de los capítulos anteriores bajo el nombre de princesa Mirsky; su marido sólo pensaba en banquetes y comidas extraordinarias, mientras que ella y su hija únicamente se ocupaban en divertirse. Mi prima era una joven muy bella de diecinueve años, de carácter muy amable, y casi todos sus primos estaban perdidamente enamorados de ella. A su vez, ella también se enamoró de uno de ellos y quiso casarse con él; pero el casamiento entre primos es considerado como un gran pecado por la iglesia rusa, y su madre procuró en vano obtener un permiso especial de las altas dignidades eclesiásticas, por cuyo motivo la trajo á San Petersburgo, en la esperanza de que pudiera elegir entre sus muchos admiradores un marido más conveniente para ella que su propio primo. Debo agregar que todo fué trabajo perdido; pero su elegante morada era el centro de una brillante multitud de jóvenes pertenecientes al ejército y á la carrera diplomática.

Semejante casa hubiera sido la última en que se hubiese podido pensar, como relacionada con las ideas revolucionarias; y sin embargo, en ella fué donde primero conocí la literatura revolucionaria de la época. El gran emigrado Hérzen acababa de empezar á publicar entonces en Londres su Revista *La Estrella Polar*, que tan gran conmoción causó en Rusia, aun entre los círculos palaciegos, y que secretamente circulaba en San Petersburgo. Mi prima pudo hacerse de ella, y acostumbrábamos á leerla juntos. Su corazón se rebelaba contra los obstáculos que se oponían á su felicidad, y su cerebro se hallaba por eso mismo más dispuesto para prestar buena acogida á la enérgica crítica que el gran escritor lanzaba contra la aristocracia rusa y todo su desacreditado sistema de desgobierno. Con un sentimiento que rayaba en veneración, acostumbraba yo á mirar al medallón impreso en la cubierta de *La Estrella Polar*, y que representaba las nobles cabezas de los cinco « decembristas » á quienes ahorcó Nicolás I después de la rebelión del 14 de Diciembre de 1825: Besturheff, Hahousky, Pestel, Ryleeff y Muraviov-Apostol.

La galanura del estilo de Hérzen — de quien Turgueneff ha dicho con razón que escribía con lágrimas y sangre, y á quien nadie en Rusia jamás ha igualado —, la amplitud de sus ideas y su profundo amor á su país, hicieron honda huella en mí, siendo esto causa de que leyera y relejera esas páginas, más aún con el corazón que con la cabeza.

En 1859 ó principios de 60, empecé á publicar mi primer periódico revolucionario. A tal edad, ¿qué podía ser yo más que un progresista? Así que, en mi publicación se abogaba á favor de una constitución para Rusia, mostrando su necesidad: se criticaban los desenfrenados gastos de la corte, lo que se invertía en Niza para mantener poco menos que una escuadra á disposición de la emperatriz viuda, que mu-

rió en 1860; se mencionaban los abusos de los funcionarios, de que continuamente oía yo hablar, y se hacía la apología del sistema constitucional. La tirada era de tres ejemplares, que yo deslizaba en las carpetas de tres compañeros de las clases más adelantadas, á quienes yo suponía pudieran interesarse en la cosa pública, encargándoles á los lectores que las observaciones que quisieran hacer las colocaran tras el reloj escocés de la biblioteca.

Con verdadera emoción fuí al día siguiente á ver si habían dejado en dicho lugar algo para mí. Allí encontré dos notas; dos compañeros escribían que simpatizaban mucho con la idea, y sólo me aconsejaban que no me arriesgara demasiado. Escribí el segundo número, insistiendo con mayor energía aún en la necesidad de unir todas las fuerzas en nombre de la libertad; pero esta vez no contestó ninguno, y en su lugar los dos compañeros vinieron á mí y se expresaron de este modo:

« Tenemos la seguridad que eres tú quien escribe el periódico, y queremos hablarte sobre el particular. Estamos perfectamente de acuerdo contigo, y hemos venido aquí para decir, seamos amigos; el periódico ha cumplido su misión: ha conseguido unirnos; pero no hay necesidad de que continúe. En todo el colegio no hay más que otros dos que pudieran tomarse algún interés en tales cuestiones, mientras que si se llegara á saber que se publicaba un periódico de esta índole, las consecuencias serían terribles para todos nosotros.

Constituyamos, pues, un círculo, y hablemos de todo lo que nos parezca; tal vez consigamos atraernos algunos otros ».

Esto era tan razonable, que no pude por menos de estar conforme con ello, y sellamos nuestra unión con un fuerte y cordial apretón de manos. Desde entonces, los tres vinimos á ser buenos amigos, acostumbrando á leer mucho juntos y á discutirlo todo.

La abolición de la servidumbre era el asunto que en aquel tiempo llamaba más la atención de todos los hombres pensadores.

La revolución de 1848 había encontrado un eco lejano en el corazón del campesino ruso, y desde el año 1850 las insurrecciones de los siervos empezaron á tomar serias proporciones. Cuando estalló la guerra de Crimea y se hicieron levas en toda Rusia, estos alzamientos se extendieron con una violencia jamás conocida hasta entonces. Muchos propietarios de siervos fueron muertos por éstos y los movimientos de los campesinos adquirieron tanta importancia, que hubo necesidad de mandar regimientos enteros con artillería y todo para sofocarlos, cuando en otro tiempo bastaba un pequeño destacamento de soldados para reducirlos por el terror á la obediencia.

Estos actos de audacia de una parte, y de la otra la profunda aversión á la servidumbre, que había crecido con la generación que venía á la vidu pública con el advenimiento de Alejandro II al trono, hacían la emancipación de los aldeanos cada vez más imperativa. El mismo emperador, contrario á dicha institución, y sostenido ó, mejor dicho, influido en el seno de su propia familia, por su esposa, su hermano Constantino y la gran duquesa Elena Paulouna, dió los primeros pasos

en esa dirección. Su intención era que la iniciativa de la reforma partiera de la nobleza, de los mismos dueños de siervos. Pero en ninguna provincia rusa se pudo inducir á la nobleza á que enviara una petición al zar con tal objeto. En Marzo del 56 él en persona dirigió la palabra á la nobleza de Moscou, sobre la necesidad de tal medida; pero su discurso sólo fué contestado con un significativo silencio; así que, montando en cólera, Alejandro II concluyó con estas memorables palabras de Hérzen: «Es mejor, señores, que viniera de arriba, que no aguardar hasta que venga de abajo». Pero ni aun esto causó efecto alguno, y fué necesario recurrir á las provincias de la Antigua Polonia, Grodno, Wilno y Houno, en las que Napoleón I había abolido la servidumbre (en el papel) en 1812. Narimoff, gobernador general de esas provincias, pudo al fin conseguir la tan deseada petición, de la nobleza polaca. En Noviembre del 57, el famoso «rescripto» dirigido al gobernador general de las provincias lituanias, anunciando la intención del emperador de abolir la servidumbre, fué lanzado á la publicidad, y nosotros leímos, con los ojos humedecidos por el llanto, el hermoso artículo de Herzen, titulado «Tú has vencido, Galileo», en el cual los refugiados en Londres declaraban que en adelante no mirarían á Alejandro II como enemigo, sino que, por el contrario, le ayudarían en la gran obra de la emancipación.

La actitud de los campesinos fué verdaderamente notable: no bien circuló la noticia de que la tan deseada liberación se aproximaba, cuando casi todas las insurrecciones se contuvieron. La población rural adoptó una actitud expectante, y durante un viaje que Alejandro efectuó por el interior del país, por todas partes le salían al paso, rogándole les diera libertad, petición que, á pesar de todo, él recibió con gran repugnancia. Es digno de llamar la atención, pues revela la fuerza de la tradición, que se abrió camino el rumor de que había sido Napoleón III quien alcanzó del zar en el tratado de paz que se diera libertad á los campesinos. Semejante rumor lo oí con frecuencia; y hasta en la víspera misma de la emancipación parecían dudar que ésta pudiera llevarse á cabo sin que la presión viniera del exterior. «No se hará nada, á menos que no venga Garibaldi», fué la contestación que dió un labriego á un compañero mío que le habló de «la libertad que se acercaba».

Pero á estos primeros momentos de regocijo general, siguieron años de incertidumbre é inquietud; comisiones especialmente nombradas al efecto en las provincias y en San Petersburgo, discutían el asunto; pero la voluntad de Alejandro parecía vacilante, y de continuo se contenía á la prensa para evitar se discutieran los detalles. En San Petersburgo circularon siniestros rumores que llegaron hasta nuestro cuerpo.

No faltaban jóvenes entre la nobleza, que sinceramente trabajaran por la franca abolición de la vieja servidumbre; pero el partido contrario se unía cada vez con más fuerza en torno del emperador, y concluyó por influir en su ánimo. Ellos murmuraban á su oído, que el día que se aboliera la servidumbre, los campesinos empezarían á matar á todos los propietarios territoriales, y Rusia presenciaria un nuevo levantamiento Puyachóff, mucho más terrible que el de 1773; y Alejandro, que era un hombre de un carácter débil, prestó fácilmente acó-

gida á tales predicciones. Pero toda la máquina destinada á producir la ley de la emancipación se había puesto en movimiento; las juntas se reunían; buen número de proyectos de emancipación dirigidos al emperador, circulaban manuscritos é impresos en Londres. Hérzen, secundado por Turgueneff, quien lo tenía bien informado de todo lo que ocurría en los centros oficiales, comentaba en su *Campana* y en su *Estrella Polar* los detalles de los diferentes proyectos, y otro tanto hizo Chernysheusky en el *Contemporáneo* (Soureménrik). Los eslavófilos, en particular Aksákov y Bélyáeff, se habían aprovechado de los primeros momentos de relativa libertad concedida á la prensa, para dar al asunto una gran publicidad y discutir las consecuencias de la emancipación con profundo conocimiento de su aspecto técnico. Todo el San Petersburgo intelectual estaba con Hérzen, y sobre todo con Chernysheusky, y recuerdo de qué modo los oficiales de la guardia imperial, á quienes veía los domingos después de la parada, en casa de mi prima (entre ellos Dmitri Nikolaevich Kropotkin, aide-de-camp del emperador) estaban de acuerdo con el jefe del partido avanzado en la lucha por la emancipación. El torrente de la opinión, lo mismo en los salones que en las calles de San Petersburgo fué tal, que era imposible retroceder. La liberación tenía que realizarse; y otra cosa de importancia se había conseguido; los libertos recibirían, además de sus hogares, las tierras que hasta entonces hubiesen cultivado.

Sin embargo, el partido de la antigua nobleza no se desanimaba; concentraba sus esfuerzos en la obtención de un aplazamiento de la reforma, en reducir las dimensiones del terreno que se había de conceder al liberto y en la imposición de un impuesto de redención sobre aquél, tan elevado, que hiciera ilusoria su libertad económica; viendo semejantes pretensiones coronadas por el éxito. Alejandro II despidió al que era el alma verdadera de todo el movimiento, Nicolás Milútin (hermano del ministro de la Guerra), diciéndole al partir: «Siento privarme de vuestros servicios, pero tengo que hacerlo; la nobleza os considera como uno de los rojos». La primera junta que había redactado el proyecto de emancipación fué disuelta también; y otra nueva revisó aquel trabajo en interés de los dueños de siervos, siendo la prensa una vez más amordazada.

Las cosas tomaron un aspecto muy sombrío, llegándose á dudar de que la liberación hubiera jamás de realizarse. Yo seguía febrilmente las peripecias de la lucha, y todos los domingos, cuando mis compañeros volvían de sus casas, les preguntaba lo que habían oído decir á sus padres. Hacia fines del año 60 las noticias eran cada vez peores: «El partido de Valiceff está en candelero». «Tratan de revisarlo todo». «Los parientes del príncipe X (un amigo del zar) no lo dejan de la mano». «La liberación será aplazada; temen una revolución».

En Enero del 61 empezaron á circular rumores un poco menos pesimistas, y generalmente se confiaba que algo respecto al particular podría surgir el 19 de Febrero, aniversario del advenimiento al trono del emperador.

Llegó la fecha deseada, pero no trajo nada nuevo. Aquel día estaba yo en palacio; no había gran recepción sino pequeña, y á ella se mandaban los pajes de la segunda clase, con objeto de que se fueran acos-